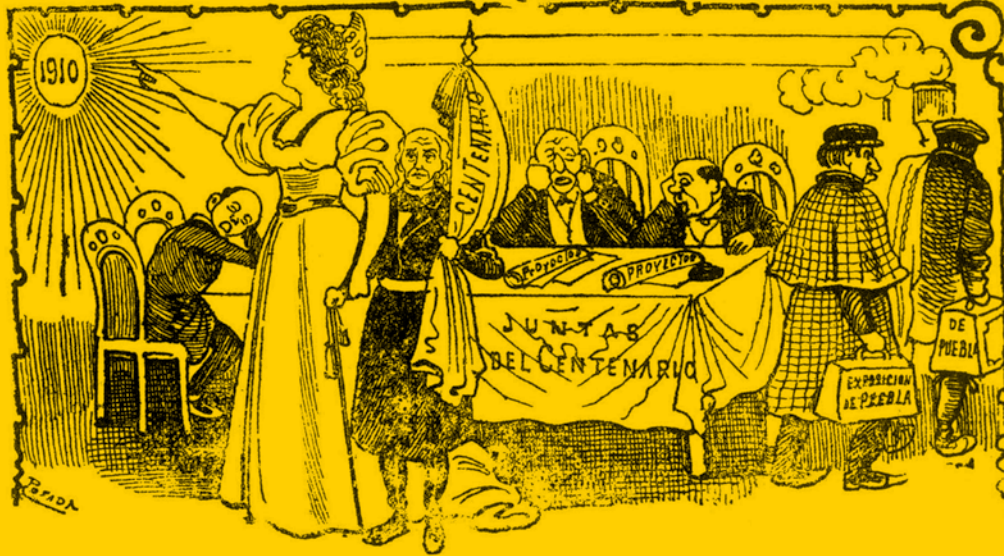


# Por aquello de no te entumas

Rosina Conde\*

## ¡La paz es el patriotismo!



La Patria (tocada con un gorro frigio que dice 1910) toma de la mano al cura Hidalgo (que tiene una bandera del centenario) y señala hacia el sol luminoso de 1910. Tras ellos, los participantes de las juntas del centenario se aburren en la mesa con sus proyectos y un grupo marcha a la expedición de Puebla. Unos versos al pie explican la imagen (El Diablito Rojo, 2 de enero 1910).

—¡A mí ese pinchi ruco me la pela! —dijo el Mariguas con un dejo de rencor en la mirada, mientras torcía los cables.

El Cerote y el Botellas se rieron.

—Ya nomás porque estudió Química, se cree muy superior el pendejo.

—¡Pero no hay necesidad de tanto, Mariguas! —dijo el Filo con sentimiento de culpa.

—¡Yo le voy a demostrar que también sé de química, pinchi Filo!

—De todos modos; creo que no hay necesidad de llegar a estos extremos.

—¿Cuáles “extremos”? , ¡el ruco bien que nos truena, cabrón! ¿Esos no son “extremos”?

—Pero si la Ratona tiene la lista, güey.

—¿Y qué con eso?

—¡Que ella puede cambiar las calificaciones, baboso!

—¡Ah, sí!, seguramente el ruco no se va a dar cuenta... ¡Si ya nos tiene bien plaqueados!

—Pos a lo mejor y no...

—¡Tarás pendejo!

—Bueno, yo decía..., por aquello de no te entumas...

El Mariguas no respondió. Hizo una última operación en el motor del carro y alzó la cara para ver a sus amigos con satisfacción por su trabajo. Todos, salvo el Filo, le respondieron con una sonrisa de aceptación.

El Mariguas se puso de pie y caminó con paso firme, seguido de sus amigos. Entró en el salón de clases sin voltear a ver a nadie, y se dirigió a su lugar. El químico lo siguió con ojos burlones. El Mariguas repegó de un empujón el mesabanco contra la pared, y se sentó a verlo con expresión de reto. El químico le sostuvo la mirada.

Después de leer la última calificación, la Ratona, como si le quemara las manos, dejó rápidamente la lista sobre el escritorio y corrió a sentarse.

—¡Pinchi ruco culero! —exclamó el Zopilote entre dientes—, por algo no la quiere ler él. Si bien se ve que quiere que le pásemos una feria.

El químico se puso de pie, y empezó a dibujar sus fórmulas en el pizarrón.

—Yo les voy a demostrar que *no van a poder hacer esto* —dijo sarcásticamente y subrayando las palabras, mientras garabateaba en el pizarrón de espaldas al grupo.

El Mariguas siguió viéndolo fijamente.

—¡Nadie escriba! —ordenó.

El químico sintió el calor de su mirada; pero no se inmutó. Los alumnos obedecieron la orden y soltaron el lápiz. Después de terminar de escribir la incomprensible fórmula, el químico se dirigió a los alumnos de los mesabancos de enfrente.

—A ver, inténtenlo —dijo, invitándolos con una cínica sonrisa.

La Ratona, la Vicky y el Pelochino fueron los únicos que empezaron a escribir. El Mariguas les habló desde atrás con firmeza.

—¡Dije que nadie escribiera!

El químico tomó asiento. El Mariguas siguió retándolo con la mirada. La Ratona, la Vicky y el Pelochino soltaron el lápiz. El químico paseó lentamente su mirada por encima de todos los alumnos con ironía.

—Bueno, pues entonces..., alguien va a tener que pasar al pizarrón...

Y depositó la mirada sobre el Mariguas.

—A ver... Galindo... —dijo con una larga cola.

El Mariguas permaneció sentado sin responder y clavando la mirada en sus ojos sarcásticos. Ante el rechazo del grupo, el químico adoptó una actitud fanfarrona, abrió su portafolios y se puso de pie.

—¡Se queda de tarea! —dijo con determinación y sonriendo con malicia; luego, amagó sin remordimientos, mientras metía la lista de calificaciones en su portafolios—. El que no la resuelva para mañana no tendrá derecho a examen... ¡Y pobre del que copie!

—¡Pero...! —repuso la Ratona.

El químico la interrumpió en seco.

—*Yo tengo el poder de la lista* —subrayó amenazador.

Y salió con paso firme. Escuchó un barullo de terror a sus espaldas, y se rió con los hombros. El Mariguas les ordenó callarse con el dedo en la boca.

—¡Shhhh!

Y se hizo un largo silencio.

El químico sintió un escalofrío.

El Mariguas, el Botellas, el Cerote y el Filo se asomaron sórdidamente por las ventanas.

El químico subió a su Plymouth 54, y arrancó por la bajada quemando llanta.

—¡Uy, uy, uy! —exclamó el Mariguas viéndolo partir a toda prisa—. ¡Se cree muy macizo, el culero!

El Mariguas, el Botellas, el Cerote y el Filo se encogieron de hombros. Sólo escucharon un chirriar de llantas y el impacto de un auto sobre la barda.

El carro explotó.

—¡Yes... yes! —gritaba el Mariguas eufórico, dando puñetazos en el aire.

Todos corrieron hacia la salida del edificio.

—¿No que no, cabrones? —les gritaba el Mariguas con los ojos desorbitados por su triunfo—. ¡Les dije que yo era un chingón para la química!

Y se sentó emocionado a desarrollar el personaje de su siguiente fórmula.

\*Rosina Conde (Mexicali, B. C., 1954). Premio Nacional de Literatura "Carlos Monsiváis". Creadora Emérita 2010 de Baja California. Integrante de la Academia de Creación Literaria de la UACM, partícipe del Sistema Nacional de Creadores de Arte.